



www.loqueleo.com/ec

© 1996, Carlos Schlaen

www.schlaen.com.ar

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-738-2

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2009

Primera edición en Loquele Ecuador: Febrero 2017

Décima impresión en Santillana Ecuador: Septiembre 2018

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: María Fernanda Maquieira

Ilustraciones del autor

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El caso Prohibida del videojuego

Carlos Schlaen

Ilustraciones del autor

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

loqueleg



Aquella mañana llegué a mi oficina con la seguridad de que, finalmente, me caería un caso importante. Mis finanzas no estaban pasando por un buen momento (un momento demasiado largo, debería admitir; casi desde que me recibí de abogado) y si bien yo tenía toda la paciencia del mundo, mis acreedores parecían haberla perdido. A propósito de ellos, cuando estaba abriendo la puerta, se me acercó el encargado del edificio. Quería saber cuándo le pagaría el alquiler.

—No se preocupe, Felipe. Usted será el primero en enterarse —lo tranquilicé con mi mejor sonrisa.

La vaguedad de la promesa desconcertó a Felipe y no desaproveché la oportunidad para desaparecer de su presencia antes de que me exigiese mayores precisiones. Apremiado por la urgencia, entré a mi estudio a ciegas y me llevé por delante una silla que nunca estaba tan cerca de la puerta. Eso debió llamarme la atención, pero me distraje abriendo la persiana de la única ventana de la habitación que, por cierto, tampoco recordaba haber cerrado el día anterior. En

ese instante no le di importancia al asunto y me dirigí al escritorio con el firme propósito de revisar mi breve lista de clientes y la esperanza, no tan firme, de poder cobrarles unos pesos.

Al sentarme, tuve que estirar mi brazo —mucho más que de costumbre— para encender una lámpara que siempre estaba al alcance de mi mano. Además, descubrí que los papeles, junto a ella, se hallaban demasiado acomodados y yo raramente acomodaba mis papeles. Pero eso no fue todo. Los siete cajones de mi escritorio estaban cerrados y por lo general siempre hay uno medio abierto. Jamás lo cierro por completo porque no desliza con facilidad y una vez me apreté un dedo al intentarlo. Ahora estaba cerrado. Bien cerrado.

—Alguien anduvo aquí —dije en voz alta, pero al escucharme, no pude evitar que semejante afirmación me resultara absurda. Nadie entraba a esa oficina en mi ausencia.

“Si ni siquiera vienen clientes cuando yo estoy”, me lamenté.

Decidí olvidarme del tema y encendí la computadora. Pero la duda es un bicho perseverante y se quedó rondando en mi cabeza. En ciertos casos la máquina graba la fecha en que se corrieron los programas y resolví examinar los directorios para ver si alguien la había usado. Hasta que la providencia me deparase nuevos asuntos, la mayoría de los archivos



que tenía en el disco rígido eran juegos y, al cabo de varios minutos llegué a pensar que estaba perdiendo lastimosamente el tiempo.

“Si alguien se metió aquí”, reflexioné, “no lo habrá hecho para jugar...”

La fecha que aparecía era del día anterior y yo había estado entre esas cuatro paredes hasta las seis de la tarde. Sin embargo, algo estaba mal. Al principio no supe de qué se trataba, hasta que, de repente, un sudor helado me paralizó. ¡Ahí estaba...! En la pantalla, silenciosa y fría, con exactitud impecable, parpadeaban nítidamente los números blancos de la evidencia.

¡Era la hora! ¡Decía 23:17...! ¡Y a esa hora yo no había estado en mi oficina...!



En ese momento comprendí que los hechos que me habían desconcertado empezaban a encajar. La silla desplazada, la persiana abierta, la lámpara corrida, los papeles ordenados, el cajón bien cerrado. ¡Alguien había entrado allí la noche anterior...!

Me costaba entenderlo y me demandó un buen rato organizar mis ideas. Lo primero que pensé fue que me habían querido robar. Mi estudio es muy pequeño y hay pocas cosas de valor, así que no me llevó demasiado tiempo registrarlo. No faltaba nada. En realidad, el único elemento de importancia

era la computadora, pero la computadora seguía allí. Entonces, ¿cuál era el propósito de esto...? Nadie que se arriesgue a entrar a un lugar ajeno para robar deja todo en su sitio. A menos... que no quisieran robar. Tal vez lo que buscaban era otra cosa. ¿Pero qué...? Sólo tenía los antecedentes de mis clientes...

“¡Los antecedentes de mis clientes...!, me entusiasmé. ¡Eso debía ser...!”

La posibilidad parecía tener sentido. Podría ser que uno de mis casos estuviese afectando los intereses de alguien al punto de desesperarlo por conocer mis datos sin que yo me enterara. Eso explicaría, además, su excesivo cuidado por evitar el desorden.

Empecé a repasar mis archivos, uno a uno. Como he dicho, no eran muchos. Estaba el reclamo de doña Sara, una anciana que pretendía cobrar sus jubilaciones atrasadas. El problema de la habilitación del negocio de Roberto, el verdulero de la esquina, que ahora quería ampliar el local para agregar una *boutique*. Y, finalmente, el pleito iniciado a mi vecina del 4° “H” por el asunto de su perro, empecinado en evacuar sus necesidades siempre en la puerta de la farmacia de la otra cuadra. Eso era todo, nadie más que mis clientes habituales había caído al estudio en los últimos días, salvo la visita de Diego la tarde anterior. Por otra parte ni siquiera había hablado

con él, yo estaba con doña Sara y no había podido recibirlo.

Era inútil. Allí no había ninguna información lo suficientemente sórdida que justificase una invasión. Sin embargo, alguien lo había hecho y no me gustaba nada. Pensé en llamar a la policía para hacer la denuncia, pero ¿qué les diría?: ¿que entraron a mi oficina para no robar...? En realidad, el trabajo de los intrusos había sido muy limpio. No había otras pruebas que las cosas fuera de lugar, y éstas eran evidencias demasiado débiles. Es cierto que también estaba lo de la hora que aparecía en mi computadora, aunque no pude imaginarme a la policía tomando ese elemento como una prueba consistente. No, por el momento no tenía sentido llamarlos.

En eso llegó doña Sara para averiguar cómo andaba su demanda —lo hace diariamente— y tuve que dejar de lado mis razonamientos para atenderla.

Cuando se fue, un rugido sordo y continuo que provenía de las oscuras profundidades de mi estómago me obligó a acudir al bar de Pepe. El plato del día era milanesa a la napolitana con papas fritas. Me pareció apropiado y a mi estómago también, porque dejó de hacer ruido.

Pepe es un gallego sabio y supo que algo me inquietaba.

—¿Qué te sucede, Nico? —preguntó, sirviéndome un plato que apenas lograba contener esa maravillosa obra de la creación gastronómica sumergida en salsa y queso gratinado.

Entre bocado y bocado, le describí el estado en que había hallado mi oficina esa mañana. Me escuchó atentamente, secando las copas con un repasador que, a juzgar por su aspecto y antigüedad, habría heredado de sus antepasados de Galicia, y luego dijo:

—Puede tratarse de un error.

—¿Un error...?

—¿Por qué no? Buscarían algo, como dices, pero a lo mejor se equivocaron de sitio. Esas cosas pasan. Yo en tu lugar no me preocuparía —y, tras apoyar con extrema delicadeza el repasador encima de las copas, me preguntó:

—¿Quieres un flan?

—Sí. Con crema —contesté, y ante esa deliciosa perspectiva mis preocupaciones empezaron a desvanecerse.



El resto de la tarde fue muy tranquilo. Al llegar a mi departamento ya casi había olvidado el asunto. Después de todo, era probable que Pepe tuviese razón. Además, esa noche jugaba Boca y pasaban el partido por la tele. En el camino me había

comprado tres latas de Coca y una pizza grande: mitad *fugazza* y mitad *mozzarella*, así que la velada pintaba perfecta.

Apenas entré, sentí un olor raro. Pretendí ignorarlo, pero los temores de esa mañana estaban demasiado frescos y recrudescieron con la fuerza arrolladora de un cataclismo. Lo que mi olfato había identificado era el olor de un cigarrillo... ¡y yo jamás he fumado...!

Se me cruzó la aterradora idea de que, tal vez, no estuviese solo y, aunque quise quitármela de la cabeza, procurando razonar con la mayor frialdad posible, confieso que no lo logré. Mucho menos al descubrir que esas terribles sospechas se habían transformado en una cruel realidad. Mis ojos habían enfocado una imagen agazapada detrás de la ventana, justo frente a mí, observándome. Era una silueta en actitud amenazadora y tenía en sus manos un desconcertante bulto muy parecido a... ¿una caja de pizza y tres latas de Coca...?

Me había dejado sugestionar más de la cuenta y respiré aliviado de que nadie más que yo hubiese presenciado tan lamentable reacción. Ésa no era otra que mi propia y ridícula imagen petrificada junto a la puerta de mi propio departamento que, obviamente, no estaba detrás de la ventana sino reflejándose en ella.

Con la dignidad un poco averiada, pero más sereno, decidí registrar las habitaciones. Ya había adquirido cierta experiencia al respecto y enseguida comprobé

que tampoco allí faltaba nada, aunque, al igual que en mi oficina, todo estaba demasiado ordenado. Por un breve momento la incertidumbre volvió a hostigarme, pero recordé las rápidas incursiones de aseo que mi madre suele hacer en el departamento y me tranquilicé. Ella fuma, y seguramente era la causa del olor que sentía. Al día siguiente para confirmarlo la llamaría; ésa era su noche de cineclub y sabía que no la encontraría. Lo mejor que podía hacer era dejarme de joder y encender la tele. El partido estaba por empezar y la pizza se enfriaba esperándome en su bandeja de cartón.



Un pase magistral de Maradona me colocó la pelota justo en los pies. La pisé con suavidad, sólo lo suficiente como para dormirla y luego, sin despegarme de ella, invadí el mediocampo adversario. Dos defensores corrían de frente hacia mí, mientras un tercero se acercaba peligrosamente por el costado. Me lanzó un furibundo planchazo, pero conseguí eludirlo justo cuando ya tenía encima al primer defensor. Amagué hacia la derecha y lo confundí, desviando la pelota velozmente hacia la izquierda. Sabía que no lograría engañar con la misma estrategia al otro, que aguardaba con sus piernas bien abiertas, preparado para saltar hacia ambos lados. En menos de un instante vi la posibilidad... y me jugué. Toqué

apenas la pelota hacia el centro que se deslizó, lim-pita, por el túnel que me había dejado entre sus pantorrillas. Pasé junto a él y lo dejé atrás. Ya estaba dentro del área y el arquero, desesperado, empezó a adelantarse con el propósito de cubrir la mayor parte del ángulo de mi tiro. Pero no podía hacer nada. Tuve un segundo para acomodarme y rematé con efecto hacia el ángulo superior derecho del arco. La pelota salió despedida trazando una parábola perfecta. Pasó por encima del arquero y ya se dirigía hacia su destino victorioso, para paladear un gol incontenible. Desde la tribuna volaban miles de pape-litos de colores y al grito ensordecedor de: “¡¡NICO!!, ¡¡NICO!!”, el aire de la Bombonera vibraba con el acompañamiento de fondo del inconfundible sonido de un teléfono... ¿DE UN TELÉFONO?!...

Me desperté con una confusión de propor-ciones olímpicas. El televisor estaba clavado en la señal fija del canal, la bandeja de pizza en el suelo y yo, desprolijamente despatarrado sobre el sofá, com-prendí que me había quedado sin disfrutar el final de mi momento futbolístico más glorioso. Todo por culpa del maldito teléfono que seguía sonando.



—¡HOLA...! —exclamé, furioso.

—¿Hola, Nico? ¿Sos vos...?



Era Micaela. Apenas escuché su voz, mi furia desapareció. Podría decirles que se trataba de una amiga, pero les estaría mintiendo. Ella me gustaba más que el dulce de leche y el chocolate combinados y, eso, en mi escala de valores es muchísimo; créanme. Sólo que jamás me había animado a revelárselo por temor a un rechazo, y ocultaba mis secretas ambiciones confinado en los ambiguos repliegues de la amistad hasta que mi cuestionable coraje me permitiese abordarla.

Por su forma de hablar supe que estaba en problemas.

—Sí. ¿Qué pasa...? —respondí, haciendo un considerable esfuerzo por despabilarme.

—*Estoy un poco asustada. Alguien se metió en mi casa...*

Eso fue suficiente para despejarme por completo.

—¿Ahora...? —le pregunté.

—*No, a la tarde, cuando no estábamos...* —contestó.

“Esto se está convirtiendo en una manía”, fue lo primero que se me ocurrió, pero le evité el comentario. Si había alguien que sabía muy bien lo que se siente en esos casos, era yo. La tranquilicé y le dije que salía para su casa.

Me lavé la cara, me puse el saco y, camino a la puerta, levanté la caja de pizza que seguía en el suelo.

Todavía quedaba una porción de *fugazza*. Me la llevé para el viaje.

El Citroën estaba estacionado cerca de la esquina. Hacía varios días que no lo usaba y no sabía si conseguiría hacerlo arrancar. Resolví intentarlo. Eran las dos de la mañana y a esa hora no es fácil encontrar un taxi en mi barrio. Arrancó tras el segundo intento.



Micaela vivía en el noveno piso de un edificio de Belgrano. Sus padres estaban de viaje y ella se había quedado al cuidado de Julián, su hermano menor, que en ese momento dormía. Me estaba esperando con un café, que me cayó muy bien porque tenía la *fugazza* medio atravesada en la garganta.

—¿Qué te robaron? —pregunté.

—Nada. Eso es lo raro; no falta nada...

Temía esa respuesta. Igual que yo antes, se había dado cuenta de que alguien había estado allí por detalles menores: objetos más alineados que lo habitual, puertas bien cerradas... y el mismo des acostumbrado olor a cigarrillo. Ya conocía esa historia. Parecía que una extraña epidemia se había propagado entre los ladrones de la ciudad. Se metían en las casas para ordenarlas sin llevarse nada.

“Si así fuera, no estaría del todo mal”, pensé, sólo que hacía tiempo que había dejado de creer en los Reyes Magos.

—¿Llamamos a la policía...? —sugirió, mirándome con sus grandes ojos azules y aguardando mi inexperto consejo, cuando un zumbido inesperado nos alarmó, haciéndonos saltar de nuestros asientos. Era el timbre de calle.

Tras unos segundos, durante los cuales ninguno de los dos se atrevió a respirar, el timbre volvió a sonar.

—¿No vas a contestar...? —me preguntó asustada.

—Sí. Claro... —le contesté, tan asustado como ella, pero fingiendo lo contrario.

Me dirigí al portero eléctrico, levanté el tubo y pregunté:

—¿Quién es?

—*Gaspar...* —escuché de inmediato.

Él debió de imaginar que su nombre carecería de significado para mí, porque enseguida agregó:

—*Soy amigo de Diego, necesito hablar con Micaela...*

Y eso sí cambió las cosas. Recordé que Diego había pasado casualmente por mi oficina un día antes de que esto empezara y sospeché que, acaso, la casualidad no hubiese jugado ningún papel en esa visita.

Una débil luz pareció iluminar, por primera vez, la confusión que nos había caído encima y decidimos recibirlo, pero en el vestíbulo del edificio, bajo la atenta vigilancia del sereno nocturno.

Gaspar era un digno exponente de lo que se espera del joven ejecutivo moderno. Al menos, en lo relativo a su aspecto. Por encima de su holgado sobretodo gris plomo, sobresalía una cabeza pequeña, en la que se advertía el tiempo invertido en la atención de sus atributos capilares. Una barba de dos días, cuidadosamente recortada, apenas ensombrecía sus mejillas y llevaba su pelo, también muy corto, embadurnado con un gel que lo mantenía húmedo y erguido con cierto toque de planificado descuido. El único detalle de color a la vista era una corbata de seda amarilla con pequeños rombos morados. Para completar su equipamiento llevaba, en la mano derecha, un diminuto teléfono celular.

—Disculpen la hora, pero esto es muy urgente —dijo, no bien llegamos a la puerta.

—Está bien. ¿Qué pasa? —preguntó Micaela.

—Estoy buscando a Diego —contestó Gaspar.

—¿A Diego? ¿Y por qué lo buscás aquí...?

—Porque es tu novio...